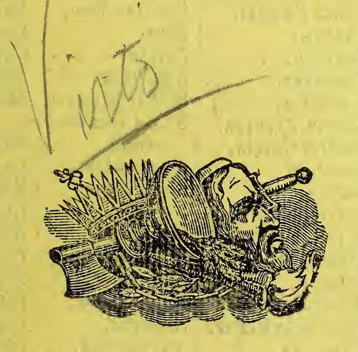
EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

SE SALVÓ EL HONOR,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA.

Visto



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.
1859.

4

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: ***libreria de Cuesta, calle de Carretas, n. 9.***

PROVINCIAS.

Albacete.	Perez.
Alcoy.	V. de Martí é hijos.
Algeciras.	Almenara.
Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Alvarez.
Aranjuez.	Prado.
Avila.	Rico.
Badajoz	Orduña.
Barcelona.	Viuda de Mayol.
Bilbao.	Astuy.
Burgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cádiz.	V. de Moraleda.
Castrourdiales.	Saenz Falceto.
Córdoba.	Lozano.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	Gutierrez.
Ciudad-Real.	Arellano.
Coruña.	García Alvarez.
Cartagena.	Muñoz Garcia.
Chiclana.	Sanchez.
Ecija.	Garcia.
Figueras.	Conte Lacoste.
Gerona.	Dorca.
Gijon.	Sanz Crespo.
Granada.	Zamora.
Guadalajara.	Oñana.
Habana.	CharlainyFernz.
Haro.	Quintana.
Huelva.	Osorno.
Huesca.	Guillen.
Jaen.	Idalgo.
Jerez.	Bueno.
Leon.	Viuda de Miñon.
Lérida.	Zara y Suarez.
Lugo.	Pujol y Masía.
Lorca.	Delgado.
Logroño.	Verdejo.
Loja.	Cano.
Málaga.	Cañavate.
Mataró.	Abadal.
Murcia.	Hermanos de Andrion.

Motril.	Ballesteros.
Manzanares.	Acebedo.
Mondoñedo.	Delgado.
Orense.	Robles.
Oviedo.	Palacio.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Gutierrez é hijos.
Palma.	Gelabert.
Pamplona.	Barrena.
Palma del Rio.	Gamero.
Pontevedra.	Cubeiro.
Puerto de Santa Maria.	Valderrama.
Puerto-Rico.	Marquez.
Reus.	Prins.
Ronda.	Gutierrez.
Sanlucar.	Esper.
S. Fernando.	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Santander.	Laparte.
Santiago.	Escribano.
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alonso.
S. Sebastian.	Garralda.
Sevilla.	Alvarez y Comp.
Salamanca.	Huebra.
Segorbe.	Clavel.
Tarragona.	Aymat.
Toro.	Tejedor.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Castillo.
Tuy.	Martz. de la Cruz.
Talavera.	Castro.
Valencia.	Moles.
Valladolid.	Hernainz.
Vitoria.	Galindo.
Villanueva y Geltrú.	Magin Beltran y compañia.
Ubeda.	Treviño.
Zamora.	Calamita.
Zaragoza.	V. Andrés.

SE SALVÓ EL HONOR,

COMEDIA EN UN ACTO,

ARREGLADA A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON IGNACIO VIRTO.

Extrenada con buen éxito en el teatro de Novedades en 25 de Enero de 1859.



MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1859.

PERSONAS.	ACTORES.
ELISA	STA. SCAPA.
JUANA, criada	BEDIA.
SIR ROBERTO	SR. MENDEZ.
D. LUIS DE MENDOZA, teniente de navio.	CABELLO.
CORTÉS, dueño de la fonda	HERNANDEZ.
D. ONOFRE	ALISEDO.
DOÑA ANASTASIA	N. N.
PEDRO, mozo de la fonda	HERNANDEZ.
JHON, jokey de Sir Roberto	ALBALAT.

La escena pasa en Cádiz, en la fonda de las Cuatro Naciones, año de 185...

ACTO ÚNICO.

Piso bajo de la fonda con tres cuartos cuyas puertas dan á la escena. Al fondo izquierda, número cinco, y en primer término á ambos lados los números seis y siete.—Puerta al fondo.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO y despues D. LUIS.

PED. (Llamando á la puerta número siete.) Señorito Luis, van á dar las siete; que se va el vapor.

LUIS. (Saliendo.) Ya estoy listo.

PED. ¿Y el equipaje?

LUIS. ¿Qué equipaje quieres que lleve un teniente de navio? A ver la cuenta.

PED. El amo la tendrá. (Llaman en el número cinco.) Ya voy, ya voy. ¿Y se va usted por mucho tiempo?

LUIS. Por tres meses. Toma. (Le da el dinero.)

PED. Tantas gracias... buen viaje, señorito.

ESCENA II.

PEDRO, D. ONOFRE, despues DOÑA ANASTASIA.

ONOF. (Sale del número cinco.) ¿Pero no oyes que estoy llamando?

PED. Ya voy, ya voy.
ONOF. Agua caliente.
PED. Al momento.
ANAST. (Sale del número seis.) ¿Está usted sordo, doméstico?
PED. Si ya iba, señora.
ANAST. Agua fria.
PED. Al instante (Váse por el fondo.)

ESCENA III.

D. ONOFRE y DOÑA ANASTASIA.

ONOF. ¡Es posible, Anastasia, agua fria!
ANAST. Es la que conserva por mucho tiempo la hermosura.
ONOF. Asi te podrás conservar fresca quince años.
ANASN. Quince años, ¡veinte lo menos!
ONOF. Asi estás tan frescota, hermosa mia. (Va á abrazarla.)
ANAST. Detente, esposo, ¡en un corredor!
ONOF. ¿Y qué mas dá?

ESCENA IV.

DICHOS, PEDRO con dos jarros de agua.

PED. El agua caliente, señorito.
ANAST. ¡Ay, Onofre, esa es la que te tiene tan flojo!
PED. El agua fria, señora.
ONOF. ¡Esa es la que te conserva tan fresca!
PED. ¿Se ofrece aguna otra cosa?
ONOF. Nada. (Váse Pedro.)
ANAST. ¡Onofre!
ONOF. ¡Anastasia!
ANAST. ¿Vendrás luego á ajustarme el corsé?
ONOF. Con mil amores.
ANAST. Hasta luego, Onofre. (Entra en su cuarto)
ONOF. Adios, Anastasia. ¡Hola, señoras tenemos! (Mirando á los que entran por el fondo. Váse.)

ESCENA V.

CORTÉS, ELISA y JUANA, todos por el fondo.

ELISA. (A Juana.) ¿Estás segura de que no nos ha seguido esta

vez?

JUANA. Segurísima.

ELISA. ¡Gracias á Dios! ¿A qué cuarto vamos? (A Cortés.)

CORTÉS. Creo que el número siete ha de estar vacante. ¡Pedro! (Llamando.)

PED. (Sale.) Señor.

CORTÉS. ¿Está desocupado el número siete?

PED. Desocupado.

CORTÉS. Mas vale asi, porque si no, hubiera usted tenido que subir escaleras. Abre, Pedro. Este cuarto tiene vistas á la calle.

ELISA. Oye, Juana, mira con cuidado por la ventana á ver si viene quien tú sabes, ¡pero que no te vea!

JUANA. Pierda usted cuidado. (Entra en el número siete.)

ESCENA VI.

DICHOS, menos JUANA.

ELISA. ¿De modo, que quedan algunos cuartos desocupados?

PORTÉS. Algunos.

ELISA. ¿Cuántos?

CORTÉS. Pedro, ¿cuántos cuartos hay desocupados?

PED. Toma, vaya usted contando. En el piso principal el doce, el diez y ocho y el veinticuatro.

ELISA. Tres.

PED. En el segundo, el diez, el quince y el diez y nueve.

ELISA. Seis.

PED. No cuento las azoteas.

ELISA. Si tal, cuéntelas usted. (Es capaz de todo.)

CORTÉS Son habitaciones para criados.

ELISA. No le hace, que se cuenten. ¿Cuántas son?

PED. Solamente dos.

ELISA. Bueno. Total ocho.

CORTÉS. Justo.

ELISA. Pues me quedo con las ocho.

CORTÉS. ¿Con todas?

ELISA. Con todas.

CORTÉS. ¡Pero, señora!...

ELISA. Nada de observaciones, ó me marcho ahora mismo.

CORTÉS. Eso de ningun modo.

ELISA. ¿Conque cuento con los ocho?

CORTÉS. Lo quiere usted asi...
ELISA. ¿De modo que no recibrá usted á nadie?
CORTÉS. A no ser que se vayan algunos pasajeros.
ELISA. Tampoco: iré tomando las habitaciones, á medida que se queden desocupadas.
CORTÉS. Pero, señora, ¿y si se quedase toda la fonda libre?
ELISA. Qué le habiamos de hacer, la tomaria toda. Es necesario. Si usted quiere le pagaré adelantado.
CORTÉS. De ningun modo.
ELISA. ¿Conque quedamos en que no admitirá usted á nadie absolutamente hasta mañana á la tarde?
CORTÉS. A nadie.

ESCENA VII.

DICHOS, JUANA. (Sale del núm. 7.)

JUANA. ¡Bonito cuarto!
ELISA. ¿Has mirado por la ventana?
JUANA. Si, señora.
ELISA. ¿Estaba?
JUANA. No.
ELISA. Dios quiera que haya perdido la pista. (Juana entra en el cuarto número siete. Elisa la sigue, pero al llegar á la puerta aparece Jhon en el fondo.)

ESCENA VIII.

DICHOS, JHON, vestido de groon inglés.

JHON. Very well. (Asomando la cabeza, ve á Elisa y desaparece.)

ESCENA IX.

ELISA, CORTÉS.

ELISA. (Volviendo.) ¡Ay, Dios mio!
CORTÉS. ¿Qué pasa, señora?
ELISA. Creí haber escuchado... ¿No ha oido usted nada?
CORTÉS. Nada.
ELISA. ¿No han dicho very well?
CORTÉS. No lo he oido.

ELISA. Me engañaria. Oiga usted, ¿está anclada en el puerto la corbeta *Venus*?

CORTÉS. Ayer salió para Málaga.

ELISA. ¿Conoce usted á don Luis Mendoza?

CORTÉS. Oficial de marina; hace un cuarto de hora estaba aqui, pero se ha marchado en un vapor mercante.

ELISA. ¡Qué desgracia!... Si lo hubiera sabido...

CORTÉS. ¿Qué? ¿le interesaba á usted?

ELISA. ¡Ya lo creo, como que es mi hermano!

CORTÉS. Casualmente ha ocupado ese mismo cuarto. (Señala al siete.)

ELISA. Entonces ya no tengo nada que hacer aqui. ¡Juana! (Llamando.)

JUANA. (Sale.) ¿Señorita?

ELISA. Nos marchamos.

JUANA. ¿Adónde?

ELISA. A Madrid.

CORTÉS. Señora, no hay vapor para Sevilla hasta esta noche á las ocho.

ELISA. ¡Qué fatalidad!

ANAST. (Dentro.) ¡Onofre, Onofre!

ESCENA X.

DICHOS, ONOFRE. (Sale del núm. 5.)

ONOF. Aqui me tienes, pichoncita. ¡Hola, lindísima viajera! (Por Elisa.) ¡Me gusta, me gusta! (Entra en el seis.)

ESCENA XI.

DICHOS, menos D. ONOFRE.

ELISA. ¡Hasta las ocho! ¿y qué voy hacer hasta entonces?

CORTÉS. Hace un hermoso dia, puede usted pasear.

ELISA. ¡Pasear! ¡Dios me libre! Juana!

CORTÉS. Pero, señora, aunque sea una imprudencia, ¿no podria usted decirme lo que la tiene tan agitada?

ELISA. Preciso será que se lo diga á usted, porque no estando mi hermano, no tengo á nadie á quien confiar la crítica posicion en que me veo.

CORTÉS. Diga usted, señora, y si puedo serla útil en algo...

ELISA. Si que puede usted. ¡Es mas, hasta devolverme la tranquilidad!

CORTÉS. Si no depende mas que de mí, puede usted estar tranquila.

ELISA. Pues imagínese usted... ¡Vamos, yo no sé cómo empezar, si es una ridiculez!

CORTÉS. ¡Cómo!

JUANA. ¿Qué ha de ser ridículo? ¿Hay cosa mas sencilla que un hombre esté enamorado de una mujer?

CORTÉS. Ya lo creo.

ELISA. ¡Solo que el que esta enamorado de mí, procede de un modo tan singular!...

JUANA. ¡Dejaria de ser inglés! Esa gente no se enamora como los demas.

ELISA. Y yo digo enamorado, sin saber efectivamente si lo está.

CORTÉS. ¿Pero qué, no la ha dicho á usted nada?

ELISA. Ni siquiera me ha dirigido la palabra.

CORTÉS. ¿Entonces, cómo sabe usted?...

JUANA. Yo diré lo que ha pasado: mire usted, mi señora y yo estabamos muy tranquilas en unos baños junto á Marsella, cuando una mañana se nos presenta de pronto un inglés muy espetado y coloradote. Al dia siguiente encontró á mi señora en la sala de recreo...

CORTÉS. ¡Y se enamoró de ella! Pues no veo cosa mas natural.

ELISA. Y lo mas extraordinario es, que desde aquel dia no he disfrutado un momento de tranquilidad: no podia dar un paso sin encontrarme al inglés; le veia en los salones, en el campo, por la mañana, por la tarde, siempre sir Roberto. Viendo tanta tenacidad, me resolví á dejar la casa de baños, que se me hacia insoportable; dije que me iba de madrugada y escapé aquella misma noche... Lo supo mi inglés.

CORTÉS. Esos diablos de ingleses son tan ricos, que no hay secretos para ellos... ¿Y la siguió á usted?

ELISA. ¡Que si me siguió! Iba á subir á la diligencia, ¿y qué veo? Al inglés, que asomaba la cabeza por la portezuela del interior. Asi vino hasta Marsella.

CORTÉS. ¿Y á todo esto, sin decirla una palabra?

ELISA. Llegué á Marsella. Tomo un carruaje de alquiler y le digo al cochero que me lleve á la fonda mas extraviada; con esto pensé desorientarlo. A los diez minutos ya estaba instalado en la misma casa. Desesperada me salgo

de la fonda, á media noche, sin hacer el menor ruido, sin mover una silla... Tomo pasaje en el vapor que salia á las cuatro de la mañana, confiada en que estaria durmiendo á semejante hora... cinco minutos despues estaba sir Roberto sobre cubierta.

CORTÉS. ¡Son el diantre esos milores!

ELISA. Una cosa insufrible; llegamos á Barcelona.... el mismo juego: me voy á la fonda de la Rambla, tomo el número trece... el inglés me sigue y toma el catorce. Al dia siguiente alquilo un carruaje para mí y para mi criada, y salimos de noche con direccion á Valencia. Habiamos andado media legua, otro coché se coloca detras del nuestro... Me da gana de mirar... y era el inglés! asi me fué persiguiendo hasta Valencia: al llegar me fuí derecha á casa de una antigua amiga de colegio, la cuento mi aventura; me deja su coche y me hace salir de su casa por una puerta secreta; de allí me dirijo á Alicante, tomo pasaje en el vapor, y por fin llego á esta ciudad, en donde pensaba encontrar á mi hermano para contarle lo que me pasa. Mi hermano no está; pero afortunadamente no he vuelto á ver á mi perseguidor, y por esta vez creo que ha perdido la pista.

CORTÉS. Es probable.

ELISA. De todos modos, cuento con su palabra de usted. ¿No se ocupará ninguna habitacion de la fonda?

CORTÉS. Ninguna.

ELISA. ¿Y si se presenta algun pasajero?

CORTÉS. No se le recibirá.

ELISA. Confio en usted.

CORTÉS. La he dado mi palabra; sin embargo, bueno fuera que me diese usted las señas de ese hombre, por lo que pudiera ocurrir.

ELISA. Es difícil confundirlo. Es alto, rubio, colorado, ojos azules, bastante elegante, unos veintiocho años, aire tímido... y va siempre acompañado de su lacayo.

CORTÉS. ¡Por las señas no debe de ser muy feo!

ELISA. Yo no he dicho que sea feo, sino que era muy impertinente. Vamos, Juana. (Se entran.)

ESCENA XII.

CORTÉS, D. ONOFRE.

ONOF. ¡Repito que es hermosísima! (Viendo á Elisa.)
CORTÉS. ¿Verdad que lo es?
ONOF. ¿Cuándo han llegado?
CORTÉS. Esta mañana.
ONOF. ¿Se va á estar mucho tiempo?
CORTÉS. Hasta esta noche.
ONOF. ¡Lo siento... porque me gusta, me gusta! (Entra en su cuarto.)

ESCENA XIII.

CORTÉS, despues PEDRO.

CORTÉS. ¡A la vejez viruelas! ¡Esto le faltaba á don Onofre, para que lo arañase mi señora doña Anastasia!
PED. Señor, señor, haga usted el favor de salir.
CORTÉS. ¿Qué pasa?
PED. Que se ha presentado ahí fuera un inglés, y por mas que le hemos dicho que estaba todo ocupado, no quiere hacer caso. Aqui tiene usted á su criado. (Aparece Jhon con equipaje.)
CORTÉS. Bueno, despacha á este, que yo me encargo del amo. (Váse.)

ESCENA XIV.

PEDRO, JHON.

JHON. Very well. (Dejando el equipaje á la puerta de Doña Anastasia.)
PED. ¡Eh! buen amigo, se ha engañado usted.
JHON. Very well.
PED. Ya he dicho á usted que no hay cuarto vacante.
JHON. Very well. (Examina los cuartos 6 y 7.)
PED. Ya ve usted, que no puede permanecer aqui.
JHON. Very well.
PED. ¿Entiende usted?

JHON. Very well.
PED. ¡Anda al diablo!... con tu very well... ¡Ah! aqui está el amo. (Váse.)

ESCENA XV.

JHON, CORTÉS, SIR ROBERTO por el fondo.

CORTES. ¿Pero no he tenido el gusto de decirle á milord que no queda ni un solo cuarto?
ROB. ¿Y eso qué le hace?
CORTÉS. ¡Cómo qué! Pues ya comprenderá milord que aqui no puede estar.
ROB. Yo me acomodo en cualquiera parte.
CORTÉS. Milord me hará el obsequio de marcharse á otra fonda)
ROB. ¡Esta me parece bien!
CORTÉS. Pero si no hay habitacion.
ROB. Ya ve usted como la hay. (Dejando el sombrero en una silla.)
CORTÉS. ¿Dónde?
ROB. Aqui.
CORTÉS. Pero esto es un corredor.
ROB. Lo mismo da.
CORTÉS. Sentiria mucho tener que apelar á medios extremos.
ROB. Apele usted.
CORTÉS. Me dirigiré á la policia.
ROB. Y me dará la razon.
CORTÉS. ¿Que le dará á usted la razon?
ROB. Si, señor: ¿no tiene usted en la puerta un letrero que dice: «Fonda de las cuatro naciones?» Está incluida la Inglaterra?
CORTÉS. Si, pero...
ROB. Yo soy inglés, luego debe usted darme habitacion.
JHON. Very well.
CORTÉS. ¡Qué very well ni qué niño muerto! Milord no querrá habitar en un corredor.
ROB. ¿Y por qué no?
CORTÉS. Si aqui no hay cama.
ROR. Dormiré en una silla.
CORTÉS. No hay mesa.
ROB. Comeré sobre las rodillas.
CORTÉS. Milord estará muy mal.
ROB. Nada le importa á usted que esté mal, con tal que le

pague muy bien.

CORTÉS. ¡Qué!... ¿piensa usted pagarme por habitar un corredor?

ROB. Una onza diaria.

CORTÉS. ¡Una onza!

ROB. Aqui tiene usted el primer dia.

CORTÉS. Milord, no sé si debo... (Tomándolo.)

ROB. No tenga usted cuidado. Jhon, posesionémonos.

CORTÉS. (Ap.) La señora se ha quedado con los cuartos y no con los corredores; que se arreglen... voy á contar la aventura á los oficiales. (Váse.)

ESCENA XVI.

SIR ROBERTO, JHON.

Durante esta escena, Jhon saca un espejo, cepillo, limbia-botas, etc.

ROB. ¡Jhon!

JHON. ¿Milord?

ROB. ¿Estás seguro de que está aqui?

JHON. Si, milord.

ROB. ¿La has visto?

JHON. La he visto.

ROB. ¿Cuál es su cuarto?

JHON. Este ó este. (Señala al 6 y 7.)

ROB. Jhon.

JHON. ¿Milord?

ROB. Estoy contento de tí.

JHON. Gracias.

ROB. Me esperaré aqui hasta que salga... ¡Oh! (Se sienta junto al cuarto núm. 6.)

JHON. ¡Milord!

ROB. Creo que está aqui.

JHON. Es probable.

ROB. Miran por la cerradura.

JHON. Si.

ROB. Angel mio. ¡Te amo! (Por la cerradura.)

JHON. ¿Por qué milord no le dice esas cosas cuando encuentra á la señora?

ROB. No me atrevo. (Se levanta.) Jhon.

JHON. ¿Milord?

ROB. La puerta se abre.

ESCENA XVII.

DICHOS, DOÑA ANASTASIA.

ANAST. (Con velo.) ¡Qué jóven tan amable!
ROB. Señora...
ANAST. (Ap.) ¡No tiene este cara de usar agua caliente!... Caballero...
ROB. ¡Jhon, no es su voz; no es ella!
ANAST. ¡Cómo! ¿Qué dice usted?
ROB. Que no es usted.
ANAST. ¡Me gusta la osadia!
JHON. No es ella.
ANAST. ¡Vaya una impertinencia! (Váse por el fondo.)

ESCENA XVIII.

SIR ROBERTO, JHON, D. ONOFRE.

ONOF. Mi mujer se marcha... ¡magnífico! (Salta por cima del equipaje y váse por el fondo.)
ROB. ¿Jhon?
JHON. ¡Milord!
ROB. No es ella.
JHON. Ya lo he visto.
ROB. ¿Te habrás engañado?
JHON. Es probable.
ROB. Jhon.
JHON. Milord.
ROB. Estoy descontento de tí.
JHON. Gracias... Ya he dicho á milord.... que este ó aquel. (Señala al seis y siete.)
ROB. Es verdad. (Pasa la silla al siete.)
ONOF. ¡Maldito inglés!... estoy seguro de que por él no sale la linda viajera.
ROB. ¿Me hacia usted el honor de dirigirme la palabra?
ONOF. No, señor: hablaba solo. (Aborrezco á estos ingleses.) (Ap. Salta por los cofres y entra al cuarto.)
JHON. Very well.
ONOF. Quedo enterado. (Váse.)

ESCENA XXI.

SIR ROBERTO, JHON, á poco JUANA.

ROB. Jhon.
JHON. ¿Milord?
ROB. ¿Se oye ruido en el cuarto?
JHON. Si.
JUANA. (Dentro.) Al momento, señora, al momento. ¡Ay! (Al verlos.)
ELISA. (Dentro.) ¿Qué haces?
JUANA. Él es, señora, él es. (Váse.)

ESCENA XX.

SIR ROBERTO, JHON.

ROB. Jhon.
JHON. Milord.
ROB. Su doncella.
JHON. Ya lo dije á milord.
ROB. John, estoy muy contento.
JHON. Y yo tambien, milord.

ESCENA XXI.

DICHOS, ELISA.

ELISA. ¡Esto ya es demasiado!... es preciso acabar de una vez.
ROB. ¡Es ella!...
ELISA. Caballero...
ROB. Jhon, me ha hablado.
JHON. Very well.
ELISA. Caballero...
ROB. Vete, Jhon. (Saluda y váse.)

ESCENA XXII.

SIR ROBERTO, ELISA

ELISA. ¡Y despide usted á su criado!... Caballero...

ROB. Señora...

ELISA. Hace ocho dias que tengo la desgracia de que me persiga usted sin tregua.

ROB. Y yo hace ocho dias que tengo el placer de verla á usted... de admirarla.

ELISA. ¿Sabe usted que semejante obstinacion me da una triste idea de la galanteria de usted?

ROB. No debe usted fiarse de apariencias.

ELISA. Pero, señor mio, esto es algo mas que apariencias: es una realidad, y una realidad que me exaspera, sépalo usted.

ROB. ¡Ay, señora! Es que todos no tienen el privilegio de ser como usted una belleza ideal, un sueño de amor.

ELISA. ¡Conque yo soy un sueño de amor! Já, já. (*Se rie.*)

ROB. No se ria usted; si mi lengua habla mal el español, mi corazon lo habla muy bien.

ELISA. No, sus labios de usted lo pronuncian bien, puesto que comprendo las impertinencias que me está usted diciendo.

ROB. Mala opinion ha formado usted de mí.

ELISA. Me parece que ha dado usted bastantes motivos para que asi sea.

ROB. Si usted me lo permite, le diré una cosa.

ELISA. ¿Cuál?

ROB. Que nunca me hubiera atrevido á dirigirla la palabra, si usted no me hubiera hablado antes.

ELISA. ¿Por qué?

ROB. Porque en Inglaterra no acostumbramos á hablar á una mujer hasta que nos presentan á ella.

ELISA. Podrá ser asi, pero creo que estará muy admitida la costumbre de perseguir á una mujer, hasta ponerla en el caso de decir: «caballero, las miradas de usted me dan hastio, su presencia me es insoportable».

ROB. ¿Y usted me dice eso?

ELISA. Sobre poco mas ó menos.

ROB. Muy desgraciado me hace usted.

ELISA. Hablemos con juicio.

ROB. Señora, yo no puedo hablar con juicio; yo no haré ni diré mas que locuras... estoy loco.

ELISA. Quiere decir que nunca nos entenderemos.

ROB. No le hace. Usted hable siempre.

ELISA. Si, y concluyo. Puesto que ya nos hemos explicado.

ROB. ¡Explicado!

ELISA. Es muy natural, Usted me ha dicho que me amaba, y yo que no le podia ver.

ROB. Dispense usted, yo no la he dicho que la amaba.

ELISA. Sí me lo ha dicho usted.

ROB. No, señora, no me he atrevido.

ELISA. Pero ahora me lo está usted diciendo.

ROB. Me alegro que me comprenda usted.

ELISA. Esto es ya demasiado... concluyamos de una vez.

ROB. Para concluir, seria menester haber empezado.

ELISA. ¿Tendrá usted acaso intencion de perseguirme todavia?

ROB. Si, señora.

ELISA. ¿Ignora usted que esta tarde me marcho á Madrid?

ROB. No lo sabia, y le doy á usted muchas gracias por haberse tomado la molestia de anunciármelo.

ELISA. Es que yo no se lo aviso, se lo digo.

ROB. Da lo mismo.

ELISA. Para abreviar, ¿usted se queda en esta fonda, ó se marcha?

ROB. Segun y conforme.

ELISA. ¡Cómo que segun!...

ROB. Es muy claro; si usted se marcha, me marcho: si usted se queda, me quedo yo tambien.

ELISA. ¡Basta de bromas, caballero! Me parece que no llevará usted mas adelante...

ROB. Pruebe usted.

ELISA. Su calma me exaspera. ¡Juana! (Llama.)

ESCENA XXIII.

DICHOS, JUANA.

JUANA. ¿Señora?

ELISA. Búscame un carruaje, me voy de esta fonda.

RSO. ¡Jhon! (Llamando.)

ESCENA XXIV.

DICHOS, JHON.

JHON. ¿Milord?

ROB. Búscame un carruaje, me voy de esta fonda.

ELISA. ¡Ya no me voy! (A Juana.)
ROB. ¡Ya no me voy! (A Jhon.)
ELISA. ¿Conque es decir, que usted ha tomado ya su resolucion?
ROB. Irrevocable.
ELISA. Pues bien, entonces ha de saber usted que he venido á Cádiz por dos razones.
ROB. Diga usted.
ELISA. Primera, á buscar á mi hermano don Luis de Mendoza, teniente de navio, y oficial de la corbeta *Venus*.
ROB. ¿Y no le ha encontrado usted?
ELISA. Por desgracia, se habia embarcado á poco de llegar yo á esta fonda.
ROB. Lo siento en el alma, porque hubiera tenido un placer en conocerlo.
ELISA. Y en segundo lugar, porque... porque debia reunirme aqui con mi marido.
ROB. ¡Con su marido!
ELISA. Si, señor; porque ha de saber usted que soy casada.
ROB. ¡Oh!
ELISA. Y que adoro á mis hijos.
ROB. ¿Tiene usted hijos?
ELISA. Si, señor.
ROB. ¿Cuántos?
ELISA. Seis.
ROB. Seis, eso no importa.
ELISA. ¿Cómo que no importa?
ROB. Deliro por las criaturas.
ELISA. ¡Le prevengo á usted, que mi marido es muy celoso. (Mirando á D. Onofre que observa detras de su puerta.)
ROB. Lo comprendo muy bien: ¡es usted tan bonita!
ELISA. Y si llegara á encontrarlo á usted aqui... (Mirando á Don Onofre para tratar de hacerle comprender su intencion.
ROB. Crea usted que lo sentiria.
ELISA. ¡Dios mio!... él es. Ya lo tiene usted aqui.
ROB. ¿Dónde?

ESCENA XXV.

DICHOS, D. ONOFRE.

Sir Roberto y Jhon al fondo, Elisa y Juana se dirigen á D Onofre.

ELISA. ¡Al fin has venido!
ONOF. ¡Señora!
ELISA. ¡Querido esposo!
ONOF. ¿Qué es esto? (Ap.)
JUANA. ¡Ay, señor!... ¡gracias á Dios que ya está usted aqui!
ROB. ¡Jhon!
JHON. ¡Milord!
BOB. ¿Estará verdaderamente casada?
JOHN. Asi parece.
ELISA. ¿Lo ha comprendido usted, caballero?... se trate de salvarme. (Ap. á Onofre.)
ONOF. ¡Con mucho gusto! pero... (Ap. á Elisa.)
JUANA. ¿Pero, señorito, no abraza usted á la señora?
ONOF. Ya se ve... si yo... ¿Qué es esto, Onofre? (Ap.)
JUANA. ¡Le esperabamos á usted con una inquietud!
ONOF. ¡Si... ya!
JUANA. Pero abrácela usted etra vez.
ONOF. ¡Contente, Onofre! (Ap.)
ROB. ¡Y que tenga que ver esto!
ELISA. ¡Líbreme usted de ese inglés, se lo suplico! (Ap. á Onofre.)
ONOF. Con mucho gusto... ¡pero mi mujer!... (Ap. á Elisa.)
ELISA. Ya se lo explicaremos todo... venga usted. (Se dirigen á su cuarto.) ¡Este es mi marido, caballero; mi marido, que sabrá protegerme y velar por mí... vamos, querido.
ONOF. Pero...
JUANA. Entre usted, señor, entre usted. (Entran á D. Onofre entre las dos.)

ESCENA XXV.

SIR ROBERTO, JHON.

ROB. ¡Jhon!
JHON. Milord.

ROB. Me habia engañado.
JHON. Asi parece.
ROB. Era casada
JHON. Con ese viejo que saltaba hace poco por encima de los cofres.
ROB. ¡Jhon, soy muy desgraciado!
JHON. ¡Y yo tambien, milord!
ROB. Jhon.
JHON. Milord.
ROB. Me engañaba.
JHON. ¿Qué?
ROB. No soy tan desgraciado como creia.
JHON. Ni yo tampoco.
ROB. Saca mis pistolas de la maleta.
JHON. Comprendo.
ROB. Voy á matar al marido.
JHON. Bien pensado.
ROB. Anda pronto.
JHON. Aqui estan.
ROB. Cárgalas, John, tengo prisa.

ESCENA XXVII.

DICHOS, D. ONOFRE que sale del núm. 7.

ONOF. Suene, suene la trompa guerrera... etc. (Cantando.)
ROB. Caballero, canta usted muy mal.
ONOF. ¡Yo!
ROB. Precisamente, y aborrezco á la gente que canta mal.
ONOF. Pero puede ser uno hombre de bien y cantar pésimamente.
ROB. No, señor.
ONOF. ¿Cómo que no?
ROB. ¡Me ha dado usted un mentis!
ONOF. ¡Yo!
ROB. Usted.
ONOF. Habrá sido sin intencion.
ROB. No admito excusas.
ONOF. ¿Pero está usted en su juicio? ¿Que yo he dado á usted un mentis?
ROB. Si señor, y le exijo á usted una satisfaccion.
ONOF. ¡Pero hombre de Dios!... si yo no... ¡pues no faltaba

mas!
ROB. Quiero una satisfaccion.
ONOF. Si yo soy inofensivo.
ROB. Nos batiremos.
ONOF. Eso nunca.
ROB. ¿No? Al instante.
ONOF. Pero... ¡yo me ahogo! (Ap.) Pero si no tengo armas.
ROB. Aqui hay pistolas cargadas.
ONOF. Yo voy á gritar ¡á la guardia!—Aqui no hay testigos.
ROB. No los necesitamos. (Aparece doña Anastasia por el fondo.)
ONOF. ¿Conque es decir, que lo que usted quiere es mi vida?
ROB. Precisamente.

ESCENA XXVIII.

DICHOS, DOÑA ANASTASIA.

ANAST. ¿Qué es eso? ¡Usted quiere la vida de mi marido!
ROB. ¿De su marido?
ONOF. ¡Anastasia mia, sostenme!
ROB. ¿El señor es marido de usted?
ANAST. ¡Ya lo creo!
ROB. ¿Pues y la señora del número siete?
ANAST. ¿Qué señora es esa, pérfido?
ONOF. ¡Yo qué sé!... ¡A mí qué me dicen ustedes!
ROB. ¡Cómo! ¿No la conocia usted?
ONOF. Acabo de verla por la primera vez.
ROB. ¿Pues no la llamaba usted su mujer?
ANAST. ¡Ah, perro!... ¿llamabas tu mujer á la del número siete? ¡Toma! (Le pellizca.)
ONOF. Fué ella la que lo dijo.
ROB. Si yo vi que la estuvo usted abrazando.
ANAST. ¡Conque la abrazabas... eh! ¡Toma! (Pellizco.)
ONOF. ¡Uf! Yo te diré la verdad. Esa señora me suplicó que fuese su marido para librarla de este caballero.
ROB. Está bien: puede usted retirarse.
ANAST. ¡Ay, qué hombres! no puede una dejarlos solos cinco minutos.
ONOF. ¡Anastasia... será posible que creas!...
ANAST. Entra, Onofre; entra delante, pérfido. (Se entran.)

ESCENA XXIX.

SIR ROBERTO, JHON, á poco D. LUIS.

ROB. Jhon.

JHON. Milord. (Aparece Luis por el fondo.)

ROB. Era falso el marido.

LUIS. No hay que desesperarse por eso, señor mio, si el marido era falso, en cambio tiene usted aqui un hermano verdadero.

ROB. ¿Su nombre de usted?

LUIS. Luis de Mendoza, oficial de la *Venus*. Aqui tiene usted mi tarjeta; creo que no dudará usted.

ROB. De ningun modo. El uniforme que lleva usted le prohibe mentir. ¿Es usted hermano de la señorita Elisa de Mendoza?

LUIS. Si, señor. (A una señal de Roberto, sale Jhon.)

ROB. Esta mañana lo creia á usted lejos de Cádiz

LUIS. En efecto, fuí á tomar pasaje en el vapor, pero llegué tarde. Ahora me alegro de este incidente que me permite venir á tomar la defensa de mi hermana. ¿Contestará usted con lealtad á las preguntas que le haga?

ROB. ¡A fé de caballero!

LUIS. En ese caso, tengo que preguntar á usted, por qué, segun me acaba de decir el dueño de la fonda, viene usted persiguiendo á mi hermana desde Marsella con tal tenacidad, que la obligó usted en Barcelona á dirigirse á la autoridad?

ROB. Ignoro que vuestra señora hermana hubiese recurrido á la autoridad; pero es muy cierto que la vengo siguiendo desde Marsella.

LUIS. ¿Y con qué derecho?

ROB. Porque la amo.

LUIS. ¿Ha dado algun motivo mi hermana para esa insistencia de parte de usted?

ROB. De ningun modo.

LUIS. ¿Entonces toda la responsabilidad recae sobre usted?

ROB. Sobre mí únicamente.

LUIS. ¿Y no tiene usted ninguna excusa en que apoyarse?

ROB. Ninguna: solo en la rectitud de mi intencion.

LUIS. ¿Cuál es?

ROB. La hubiera hecho conocer á su señora hermana, si me hubiera dejado hablar.

LUIS. Soy su único pariente; tendrá usted la bondad de decirme...

ROB. Si, señor. Me llamo Sir Roberto Denbury: tengo veintiocho años, soy coronel, y seré lord y miembro del Parlamento á la muerte de mi tio: poseo veinte mil libras de renta, soy libre completamente, y tengo el honor de pedir á usted la mano de su hermama.

LUIS. Comprenderá usted que le debo mil excusas si mi hermana acepta.

ROB. Comprendo.

LUIS. Pero si rehusa, quedará siempre en pié la tenaz insistencia de usted, y me veré en el caso de exigirle una satisfaccion.

ROB. Como usted guste.

LUIS. Y si con la susceptibilidad propia de un militar, cree usted que haya motivo para un duelo...

ROB. Escogerá usted la hora, sitio y armas que tenga por conveniente. Desde este momento me tiene usted á su disposicion.

LUIS. Me alegro mucho. ¡Es usted usted un caballero! (Se dan la mano.)

ROB. Su hermana de usted ocupa esta habitacion. Mi presencia sería añadir una imprudencia á las que ya he cometido. Dentro de cinco minutos me tendrá usted á sus órdenes. (Saluda y se va.)

ESCENA XXX.

D. LUIS solo.

A la verdad que me gusta el carácter de este jóven... y mejor quisiera abrazarle como cuñado que soplarle una bala en la cabeza.

ESCENA XXXI.

D. LUIS, ELISA. Sale del núm. 7.

ELISA. ¡No me engaño, es él!... ¡querido hermano!

LUIS ¡Al fin te veo, querida Elisa!

ELISA. Bien dije, que me parecia haber oido tu voz. Te creia en camino para Málaga: y dime, ¿con quién hablabas?

LUIS. Con tu inglés.

ELISA. ¡Cómo!... ¿sabes?...

LUIS. Cuando he vuelto estaban contando tu aventura en la mesa; por lo tanto, nada tengo que preguntarte.

ELISA. ¡Y qué! ¿se ha ido?

LUIS. No sé á punto fijo si se ha marchado, pero si que estás completamente libre de él.

ELISA. ¡Libre!

LUIS. Si, hemos hablado cinco minutos, y ha convenido en que su conducta era impertinente.

ELISA. Feliz has sido, pues has logrado en cinco minutos lo que yo no he podido conseguir en ocho dias.

LUIS. Nos hemos separado los mejores amigos del mundo.

ELISA. ¡Amigos!

LUIS. ¡Por qué no! Y si he de hablarte con franqueza, me gusta su carácter.

ELISA. ¿Quieres burlarte?

LUIS. No, á fé mia, y la prueba es, que tengo que hacerte una proposicion.

ELISA. ¿Cuál?

LUIS. ¿Quieres casarte con él?

ELISA. ¿Estás loco?

LUIS. No.

ELISA. ¡Casarme con un hombre á quien he hablado hoy por la primera vez, y que solo conozco hace ocho dias!

LUIS. Ten en cuenta que yo no trato de violentar tus inclinaciones.

ELISA. ¡Pero es una cosa absurda!...

LUIS. ¿Y por qué? ¿Es viejo?

ELISA. No.

LUIS. ¿Es feo?

ELISA. Al contrario.

LUIS. Y añade á eso, que es noble, que es rico y que te ama.

ELISA. ¿Quién te lo ha dicho?

LUIS. ¡Toma! él.

ELISA. Pero si yo no le amo.

LUIS. ¿Rechazas decididamente su mano?

ELISA. Decididamente.

LUIS. En ese caso, hazme el favor de volver á tu cuarto.

ELISA. ¿Para qué?

LUIS. Sir Roberto va á venir, y tengo que comunicarle tu contestacion.

ELISA. ¡Cómo!

LUIS. Es muy natural, me ha pedido tu mano, y tengo que contestarla que la rehusas.

ELISA. Pero díselo de modo que no se ofenda. (Entra en su cuarto y se queda escuchando detrás de la puerta.)

ESCENA XXXII.

LUIS, SIR ROBERTO, ELISA oculta.

LUIS. Caballero, dentro de un cuarto de hora vendré aqui con mis testigos: prevenga usted sus pistolas, que yo traeré las mias: la suerte decidirá cuáles han de usarse.

ROB. Me tendrá usted á sus órdenes. (Váse Luis.)

ELISA. (¡Van á batirse! lo habia sospechado.)

ESCENA XXXIII.

SIR ROBERTO, ELISA.

ROB. ¡No me ama! ¡Debia esperarlo! ¡Voto al diablo!... si ella me rechaza, poco me importa que me mate su hermano.

ELISA. ¡Yo no puedo permitir que se efectúe ese duelo! (Sale.)

ROB. ¡Ella!... (Viéndola.)

ELISA. Perdone usted... creí que mi hermano estaba con usted, y...

ROB. En efecto, hace un momento que se hallaba á mi lado.

ELISA. ¿Y ha salido?

ROB. Si.

ELISA. ¿Pero volverá?

ROB. Creo que no.

ELISA. ¡Qué desgracia!... y yo que tenia que hablarle... Pero una vez que ha salido... y que usted dice que probablemente no volverá... me retiro... usted dispense... (¡Y no me detiene!...) (Ap.)

ROB. Señora...

ELISA. ¡Gracias á Dios! (Ap.) Caballero...

ROB. Voy á partir dentro de breves momentos.

ELISA. ¿Qué, se marcha usted?

ROB. Dejo la España para no volver á ella jamás... y sentiria en el alma despedirme de usted para siempre, dejándola un recuerdo desagradable de mí.

ELISA. Poco le importará á usted el recuerdo de una desconocida.

ROB. ¿Que me importará poco? Mi conducta para con usted ha sido imprudente, ridícula, lo confieso, pero debe excusarla la indefinible atraccion que hácia usted experimentaba.

ELISA. ¿Va usted á volverme á hablar de cosas que no quiero oir?

ROB. Sírvame de excusa el amor que por usted siento. No sabré hablar de otra cosa.

ELISA. Convendrá usted en que su amor ha sido tan repentino y lo ha manifestado de un modo tan singular, que cualquiera dudaria...

ROB. ¡Ah, señora! dude usted de todo, yo tambien dudaba de que pudiera amar, pero cuando la he visto á usted... he conocido que se abria ante mis ojos un horizonte nuevo, y que todo se me presentaba bajo un prisma encantador. Usted tendrá esto por una locura, quizás por una falta, pero me ha castigado como si hubiera cometido un crímen.

ELISA. ¡Yo!

ROB. Podia usted decirme que no me amaba, que no podia amarme nunca, estaba usted en su derecho; pero despreciarme, burlarse de mí, ponerme en ridículo delante de un hombre á quien queria hacer pasar por su marido... Ha hecho usted mal, Elisa.

ELISA. Tiene usted razon: ahora que le conozco, siento lo que he hecho.

ROB. ¿Habla usted de veras?

ELISA. Con el corazon.

ROB. Gracias, Elisa, gracias. Ahora que ya no soy un juguete para usted, que he tocado su mano y he leido en sus ojos mi perdon, ahora puedo morir.

ELISA. ¡Morir! ¡Usted me oculta algun peligro que le amenaza!

ROB. Si, uno muy grande .. el de no volverla á ver mas.

ELISA. ¿Va usted á batirse con mi hermano?

ROB. ¡Yo!

ELISA. No lo niegue usted, lo he oido... Debe venir aqui den-

tro de un momento con sus testigos.

ROB. ¡Ah! comprendo... ¡Teme usted por su hermano!

ELISA. ¡Caballero!

ROB. Tranquilícese usted; en un duelo por causa de usted, y entre dos hombres que la aman, no corre peligro mas que uno. El que usted no ama.

ELISA. ¿Qué dice usted?

ROB. Que la vida no se defiende cuando no tiene valor ninguno. ¿Por qué he de defender la mia, yo que estoy solo en el mundo, yo á quien nadie ama?

ELISA. Pero... es que... no es solamente por mi hermano por quien temo. ¿Me cree usted tan cruel que no me importe la vida de un hombre... aunque fuera un desconocido?

ROB. ¡Elisa!

ELISA. Ademas, que usted no es un desconocido... ¿Piensa usted, que si le sucediera una desgracia no sonaria siempre su nombre en mis oidos?

ROB. ¡Qué feliz debe ser el hombre á quien usted ame! ¡Está usted tan hermosa asi! (Aparece D. Luis en el fondo.)

ELISA. Y no solamente no me es usted desconocido, sino que...

ROB. ¿Qué dice usted, Elisa?

ELISA. Es que al verlo á usted de tan distinto modo de como le habia juzgado, al conocer su leal corazon ha dejado usted de serme indiferente.

ROB. ¡Yo!

ELISA. Es que no quiero que suceda á usted desgracia ninguna... en fin, puesto que no hay otro medio de impedir ese duelo fatal... es que... yo tambien le amo á usted.

ROB. ¡Elisa! ¡Elisa! ¡qué dichoso soy! (Arrodillándose.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, LUIS, despues todos.

LUIS. Se salvó el honor! (Luis dispara una pistola. Salen todos.) Señores... tengo el honor de participar á ustedes el casamiento de sir Roberto Denbury, con la señorita doña Elisa de Mendoza, mi hermana.

JHON. Very well.

ROB. (Abrazando á Luis.) ¡Muy bien!

LUIS. Se salvó el honor.

ROB. Y dichas sin fin espero.
ELISA. Solo falta... (Señalando al público.)
ROB. ¡Ah! si. ¡Jhon! (Habla á Jhon al oido.)
JHON. Pero...
ROB. Vamos.
JHON. Very well, milord. (Adelantándose.)
Mi amo pide un parabien;
ya sabeis en qué consiste...
ved que si no va á estar triste,
y lo estaré yo tambien.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente alguno en que su representacion se autorice.
Madrid 15 *de diciembre de* 1858.

El Censor de Teatros,

Antonio Ferrer del Rio.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galería

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Ahogarse á la orilla.
Alarcon.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
Al pié de la letra.
Antiguos y modernos.
Aquí está un moso é verdá.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróic* .
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Bienes mal adquiridos.
Baltasar.

Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Culpa y castigo.
Córte y cortijo.

Dos sobrinos contra un tio.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
D. Primo Segundo y Quinto.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diego Corrientes, segunda parte

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El Niño perdido.
El Hipócrita.
El Cura de aldea.
El querer y el rascar....
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
Esperanza.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
Espinas de una flor.
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El Licenciado Vidriera.
¡En crisis!!!
El Justicia de Aragon.
El Caballero del milagro.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
Echarse en brazos de Dios.
El alma del Rey García
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El hijo pródigo.
El payaso.
El amor y el interés.
Este cuarto se alquila.
El Patriarca del Turia.
El rey del mundo.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo de Amberes
El ciego.
El último vals de Weber.
El traspaso.
Escenas nocturnas.
El laberinto.
El gitano aventurero.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Flor de un dia.
Flor marchita.
Funesta casualidad.

Grazalema.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Glorias de España, ó conquista de Lorca.
Glorias mundanas.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.
Honrado y criminal á un tiempo

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Julieta y Romeo.

Los Amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles ó la linda vivandera.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis
La posdata de una carta.
Llueven hijos.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los Amantes de Teruel.
La verdad en el Espejo.
La Banda de la Condesa.
La Esposa de Sancho el Bravo.
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La Gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las Flores de Don Juan.
Las Apariencias.
Las Guerras civiles.
Lecciones de Amor.
Las dos Reinas.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
Las Prohibiciones.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La bondad sin la experiencia.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La vida de Juan Soldado
Las querellas del Rey Sabio
La oracion de la tarde.
La llave de oro
La Providencia
Los tres Banqueros.
Las huérfanas de la Caridad.
La cruz en la sepultura.
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
Los tres amores.
La mujer del pueblo.

Las bodas de Camacho.
La Cruz del misterio.
La pluma y la espada.
La Vaquera de la Finojosa.
La flor del valle.
Los pobres de Madrid.
Libertinaje y pasion.
Libertad en la cadena.
La planta exótica.
La paloma y los halcones.
Las mujeres.
La gratitud y el amor.
¡Llegó en martes!!
La gratitud de un bandido, tercera parte de Diego Corrientes.
La batalla de Covadonga.
La estrella de la esperanza.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mariana Labarlú.
Mucho ruido y pocas nueces.
Martin Zurbano.
Mocedades.
Marta y María.

Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es oro todo lo que reluce.
Nuevo método de buscar marido.

Olimpia.
Ocho mil doscientas mujeres por dos cuartos.

Paco y Manuela.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Por una hija!...
Propósito de enmienda.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Por la boca muere el pez.

Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
Quién viv !!
¿Quién es el autor?

Rival y amigo.

Su imágen
Similia similibus curantur, ó un clavo saca otro clavo.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Se salvo el honor.

Tales padres, tales hijos
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.
Tres damas para un galan.

Un amor á la moda.

Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Un par de guantes.
Una ráfaga.
Uno de tantos.
Una noche en Trijueque.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
Un dia de prueba.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Una broma de Quevedo.
Un sí y un no.
Una Vírgen de Murillo.
Una aventura de Tirso.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Un señor de horca y cuchillo.

Ver y no ver.
Verdades amargas.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
Armas de buena ley.
Aidé.
Azon Vizconti.

Buenas noches, vecino.
Beltran el aventurero.

Clavellina la Gitana.
Cupido y Marte.
Citas, enredos y bromas, ó el carnaval de Madrid.
Cosas de D. Juan.
Cuando ahorcaron á Quevedo.

Don Crisanto, ó el Alcalde proveedor.

El doctrino.
El ensayo de una ópera.
El Grumete.
El calesero y la maja.
El Vizconde.
El perro del hortelano.
El secuestro de un difunto.
El lancero.
El delirio (drama lírico).
El dominó azul.
El mundo á escape.
El novio pasado por agua.
El diablo en el poder.
El esclavo.
El relámpago.
El Vizconde de Letorieres.

Farinelli.

Guerra á muerte.
Giralda.

Juan Lanas.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*La música.*)
Los dos Flamantes.
La vergonzosa en palacio
La Dama del Rey.
La Colegiala.
La espada de Bernardo.
La caceria real.
La huérfana.
La Jardinera.
La hija de la Providencia.
La Roca negra.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
Los diamantes de la Corona.
La pensionista.

Mateo y Matea.
Mentir á tiempo.
Marina.

Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por conquista.

Simon y Judas.

Tres madres para una hija.
Tres para una.

Un sobrino.
Un dia de reinado.
Un pleito.
Un cocinero.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40 cuarto segundo de la izquierda.